

LA ABSORCIÓN DE DOS COLORES EN LA LÍRICA DE ALONSO ARES

JOSÉ MARÍA BALCELLS
Universidad de León

En el prólogo que escribió José Hierro al libro *Del rojo al negro*,¹ en el que convergen la creación poética de Adolfo Alonso Ares, y la pictórica de Luis Feito, afirma el poeta cántabro que no es abordable la poesía por medio de la razón, y que ni siquiera su propio autor es capaz de explicar la literalidad de sus versos. En cambio, añade, lo que la razón no entiende, sí lo capta la sensibilidad. Y así es, ciertamente. Sin embargo, estas afirmaciones son compatibles con que aceptemos que un lector asiduo de la obra de un poeta puede reconocer en él determinadas claves, no de desciframiento fidedigno, pero sí de aproximación a su universo más propio.

Apelando a la garantía de habernos demorado en la lectura de los libros anteriores de Alonso Ares, estamos en condiciones de asegurar que, pese a las apariencias de superficie, tampoco aquí el poeta astorgano se ha desviado, ni de sus técnicas literarias más características, ni del imaginario que lo singulariza. No caigamos, por tanto, en el error de creer que el pretexto de *Del rojo al negro* son las variaciones oníricas que suscitan ambos colores a la persona que nos habla desde cada poema. Tales variaciones, que obviamente las hay, son un pretexto, una nueva excusa, para reincidir en su poso más hondo, en su poso de siempre, en el poso de una infancia que solo se perdió en los calendarios, no en los hontanares de su espíritu.

Y esa infancia, claro, fue vivida en una tierra concreta, ante los horizontes que se abren desde Astorga. Los lectores de Alonso Ares lo saben bien, pero, aun sabiendo que lo saben, el locutor poemático ni posterga esas claves, ni las da por sentadas, sino que se reafirma en ellas proclamándolas inequívocamente desde la estrofa inicial del primero de los textos de *Del rojo al negro*:

Pero retorno al mundo de la sombra
Al hemisferio azul que me conoce
Y está junto al misterio de los astros.

¹ Adolfo Alonso Ares. Luis Feito. *Del rojo al negro*. Madrid: Sial ediciones, 2000, 43 pp.

Ahora bien: una vez regresado fictivamente a ese hemisferio del que nunca se exilió, y como siempre acaece en la poética de este autor, observamos que también en este libro se plasman inflexiones diferenciales dentro de las líneas maestras de su obra lírica. Aquí el decantado específico consiste en el desarrollo del manifiesto propósito que se enuncia en los tres versos con que comienza el fragmento tercero, en el cual culmina el prólogo poético puesto al frente del libro:

Quiero ahondar en lo oscuro
Latir como los pechos que conocen
Un pétalo que sangra

La finalidad que asume el hablante no puede enunciarse con más nitidez: el ahondamiento en la entraña de la negrura para conocerla muchísimo más, para esclarecerla. Y la guía del camino será la roja luz de dolor encendido que dimana del corazón. Las posibilidades connotadoras de misterio resultan palmarias, pero aquí no se persiguen metas gnoseológicas trascendentales, sino nuevas vías de acceso al reto permanente del re-conocimiento del ámbito interior a través del prisma del entorno nativo.

Y no se logra ese re-conocimiento de uno mismo si no es merced a una comprensión bien profunda de la fuente originaria. En su virtud, hay que acudir constantemente a ella desde lo más hondo. Dado que esas raíces (negro) son aquí examinadas desde su ladera oscura, el título del libro explicita ese viaje cordial (rojo) hacia los ámbitos primeros de la persona.

Las raíces son examinadas, en este conjunto poético, a partir de un negro prisma, pero es negro por motivos muy justificables, entre ellos por el de que el pasado anida en la sombra, pues el paso del tiempo, y la muerte, dejaron su luctuosa huella sobre aquellos días; porque la tierra propia, a la que no se nombra, es lugar invernal; e igualmente porque la representación del pretérito se efectúa desde el camino hodierno a oscuras, y de retorno, al ayer primero.

La única luz posible, durante ese itinerario, nace del corazón, de la sangre. Pero ocurre que esa luz encendida tuvo comienzo también en el innombrado lugar de procedencia. Ahí brotaron los latidos de la sensibilidad, el apasionamiento, la atención fija en la belleza, el dolor solidario, y la conciencia del tiempo y de la muerte.

Ir del rojo al negro, sí, pero en una continuada travesía de reflujo vivificante. Rojo en pos del negro a través de la oscuridad, y rojo que se intensifica al reacudir a la infancia en la que se funda, pero habiendo de atravesar, día a día, noche a noche, la cada vez más densa y tupida capa del tiempo.

Anotaba José Hierro en el prólogo de referencia que el endecasílabo es el ritmo mayoritario de este libro, y es verdad, tal como ocurre en las otras entregas poéticas del lírico astorgano, que también se vale habitualmente del verso blanco en los textos de que

consta cada nuevo libro. Tampoco falta en ellos el recurso esporádico a las rimas, aquí (en uno de los fragmentos, el VI) materializando un peculiar hibridismo de serventesio y redondilla. Esta práctica contrasta con la que se sigue en los demás momentos de *Del rojo al negro*, erigiéndose en una suerte de sello con que se rubrica, en cada supuesto, la especificidad versal de Alonso Ares.

Dice José Hierro, además, que las imágenes de esta obra son sonámbulas. Y resulta más que cierto, no habiendo tampoco en este punto novedad alguna respecto a las pautas que distinguen al poeta. Con todo, acaso sí haya en *Del rojo al negro* una cota más alta de onirismo, propiciada por ese abandonarse a la absorción de los colores.